

**PODRÍA SER CUALQUIER LUGAR**

---

## Índice

Bruselas, los tranvías.....	3
Bruselas, lo que se puede leer en sus calles.....	4
Bruselas, trabajar en una multinacional (I).....	5
Bruselas, los hijos de españoles.....	6
Bruselas, tácticas para viajeros.....	8
Bruselas, los amigos.....	10
Bruselas, los mendigos.....	11
Bruselas, el belguismo.....	13
Bruselas, Martin.....	14
Bruselas, coincidencias literarias.....	17
Bruselas, trabajar en una multinacional (II).....	19
Bruselas, la casta obrera.....	21
Bruselas, las ausencias.....	22
Bruselas, abandonarla.....	24
Bruselas, epílogo.....	25

## **Bruselas, los tranvías.**

Escoger una ciudad en la que vivir. Sin saber siquiera por cuánto tiempo. Arriesgarse a que ella, como tienen la costumbre de hacer a veces las ciudades, no te deje volver.

Basas la elección en un familiar apenas conocido, en los cantos de sirena de contratos no basura y una cierta comodidad con el idioma local. Con uno de los idiomas locales.

Te presentas allí un buen día, respiras de su aire, calibras impresiones.

¿Y ahora? ¿Qué hacer para conocer Bruselas?

Lo normal sería esperar, verlas venir, ir construyendo una vida y dejar a los lugares llegar en el orden que el momento sugiera.

En vez de eso, pedir en ventanilla el mapa completo del transporte urbano. Leerlo atentamente. Explorar con el dedo las dos líneas de metro y sus bifurcaciones. Seguir con la mirada algunas de las veinte de *tram* o las cincuenta de bus.

Tienes tiempo, es decir, tienes ahorros. Y decides que vas a seguirlas todas caminando. Que recorrerás cada uno de los trazos coloreados de ese mapa. De esa manera pasarás, *sindudamente*, muchas veces por los lugares céntricos, los actividad y encuentro. Quizá en una o dos ocasiones por las zonas satélite o barrios industriales, no tan interesantes.

En cualquier caso, una razón para levantarse en las mañanas ambiguas en las que nadie te espera. Calzarse unas botas, cargar la mochila, caminar.

## Bruselas, lo que se puede leer en sus calles.

El autobús de la línea 48 circula por una calle muy larga, estrecha, de un solo sentido y cuyos restaurantes la hacen cambiar de olor cada tantos metros. Enlaza la *Porte de Hal* con el *Sablon*. Es la *Rue Haute* y la recorreré mil veces.

Poco antes de llegar al *Hôpital Saint Pierre*, hay en la pared un grafiti muy rojo, muy marcado, que con goterones casi sangrantes clama "Puta Rajoy". Todo apunta a un odio intenso, remoto, indiferente a la gramática. Me pregunto desde qué pueblo inmigraría el padre del chaval que empuñó el *spray*.

En el *Parvis de la Trinité* -líneas 54 y 81-, en la parte trasera de la iglesia, se erige la estatua de un soldado que, por su equipamiento, se diría que luchó en la Gran Guerra. Pero no puedo asegurarlo porque alguien, movido por un sentido mucho más personal de lo que es rendir honores ha tapado la inscripción original y ha escrito encima "*En hommage a Maria. Celle qui a tout donné afin de faire connaitre la caste ouvrière à la Ville Haute*"<sup>1</sup>.

Otro grafiti, esta vez sin palabras, una señal de "precaución animales sueltos" de la que, con un silencio gesto libertario, el gamo ha conseguido burlar el cerco rojo y triangular.

En el portal de la casa en la que nació el escritor, una placa que reza "Aquí nació Julio Cortázar, ilustrísimo cronopio".

O el de frente a mi panadería: "La resignación es un suicidio cotidiano".

Pero mi preferida está escrita en la puerta del baño de *l'Union*:

"- *À quoi sert la peau de la vache?*

- *Elle sert plutôt à tenir la vache ensemble.*

*(Réponse d'un enfant de 5 ans).*"

Recuerdo haberla leído con total fascinación una vez tras otra hasta memorizarla. Tengo incluso imaginada una escena, muy vívida, de la maestra de preescolar preguntando "¿Para qué sirve la piel de la vaca?". Ella espera una respuesta del tipo "para hacer zapatos", "cazadoras", o tal vez incluso "cuero". Pero no. De pronto se alza una vocecilla que responde: "Para mantener la vaca junta".

A un niño con esa percepción, ¿la educación occidental le aporta o le limita?

---

<sup>1</sup> "En homenaje a María. Aquella que dio todo con el fin de dar a conocer a la casta obrera en la Villa Alta".

## **Bruselas, trabajar en una multinacional (I).**

Viernes noche. Compruebas tu cuenta bancaria y te das cuenta de que ya no tienes casi ahorros, es decir, no tienes tiempo.

Desesperadamente actualizas el currículum, lo subes a la red y te mentalizas de que ahora, ya, viene lo duro.

Pero el lunes te despierta una llamada que te convoca para una entrevista el miércoles y ya el lunes te incorporas. Las condiciones son buenas –un sueldo digno por sólo tres días de tu semana- y el ambiente no está mal. No parecía posible, pero ha ocurrido.

Así que, de pronto, estás trabajando para una multinacional *yankee*; esto es, para los malos. La estructura, los procesos, los flujos de trabajo, todo está diseñado según una cuidada mecánica de productividad implacable. Cualquier recurso se puede reemplazar y, por lo tanto, es prescindible. Al decir “recurso”, claro, se está hablando de personas.

Toda actividad se rige según normativas, procedimientos o códigos, sí. Pero al menos el de vestimenta no incluye una corbata. Siempre te ha parecido que es la manera en la que el sistema hace ostentación de su poder sobre uno. Una prenda que lo mismo funciona de elegante correa para perros que de soga paciente, a la espera de una orden de arriba que la tense y ahorque a su portador.

## Bruselas, los hijos de españoles.

Si les preguntas su origen, todos dirán ser españoles. No importa lo que diga el pasaporte. Cocinan tortilla de patatas, siguen a algún equipo de la liga y a todos ellos, Barcelona, *les encanta*.

Son los hijos de quienes llegaron en los años sesenta y, por cosas de la vida, se quedaron. De los hombres, ya casi ancianos, que se sientan en un banco de la *rue Jourdan* a ver pasar la mañana como en la plaza del pueblo. De sus mujeres, que a veces encuentro en el mercado hablando, tras casi cuarenta años, un francés de supervivencia. De los dueños de esos bares castizos que, sacados de su lugar y de su tiempo, anacronizan el comienzo de la *chaussée de Waterloo*, o cualquier otro espacio indistinguible.

Son sus hijos los que, como para convencerte, te cuentan cuantas veces -o cuantos meses- han pasado en España. Hacen los chistes que estaban de moda en la tele en el momento en que fueron. Hablan de cantantes y recetas de cocina. En un castellano casi sin acento, casi sin errores. Casi. Pero, si sabes francés, reconoces por qué dicen cosas como "es en Mayo que viene" o "vuelvo en España". Así es como se *exprimen*<sup>2</sup>.

El día que recorrí la línea 84 era un sábado. Ya casi a la altura del *Atomium* se estaba celebrando una boda. Trajo a la novia un carro de caballos. Los familiares la esperaban vestidos tan folclóricos, tan Francisco de Goya y *souvenir* de baratillo que, por un momento, pensé que era un rodaje. Pero no. Era una boda real y, para regocijo de los transeúntes, *c'était tellement espagnole!* Muy bien, sí. Pero, ¿quién se casa así en España?

¿Qué construcción del país ha elaborado su cabeza? ¿Hasta qué punto son conscientes de que la evolución de su país no se detuvo el mismo día en que se fueron? ¿En qué se basan para inventarse el resto? ¿En películas viejas y letras de canciones?

Inmunes a cualquier información que cuestione su mito, a cualquier conocimiento amenazante, se identifican tenazmente con una cultura que, si alguna vez existió, hoy, desde luego, no lo hace.

Lo comento con Kevin, y él me lo reduce a un viejo dicho irlandés: "*The past is a foreign country*". Sí, es verdad, el pasado es un país extranjero. Y dándole vueltas recuerdo a Gabriela Mistral y su frase certera de que "la patria es la infancia". Combinando ambas, bien podría decirse que todos somos exiliados de nuestra propia infancia. La diferencia entre ellos y yo, supongo, es que ellos viven además en

---

<sup>2</sup> "*Exprimer*" en francés significa expresar.

un segundo exilio más vago e inasible que no es sino la infancia de sus padres.

Es que aquí no es como en España, me dice mi prima. Son mucho más fríos, más indiferentes. Aquí la gente no habla contigo cuando se sienta a tu lado en el tren. En España tampoco, iba a decirle, pero escogí callarme.

## Bruselas, tácticas para viajeros.

En un primer momento parece que la suerte me viene de cara. Mi asiento en el autobús está junto al de una chavalita muy mona cuyo cuerpecito no invadirá mi espacio. El viaje se presenta cómodo.

Pero a los pocos minutos de salir a carretera me entran repentinamente unas ganas enormes de hacer pis. El trayecto dura dos horas y no hace paradas. La mera noción de tener que aguantar todo ese tiempo es casi peor que la propia presión en la vejiga. Tengo que pensar en una solución.

Casi de inmediato se me ocurre una idea que, no sé por qué motivo, tenía relacionada en mi cabeza. Parto de la razonable hipótesis, -razonable para mí, claro, aunque reconozco que puede no parecersele a nadie más- de que, cuando uno tiene mucha sed, no tiene nunca ganas de mear. Como si un equilibrio entre los niveles de agua en uno u otro sitio tuviera que estar garantizado por naturaleza. Sí, es absurdo. Pero me agarraría a cualquier cosa. Así que mi objetivo es claro: tengo que provocarme la sed.

La primera posibilidad en la que pienso, la más fácil, es la de comer algo salado. Pero no tengo snacks, ni frutos secos, ni mucho menos un salero. Pienso en pedirle sal a mi compañera de asiento y acto seguido me imagino a mí mismo lamiéndola de su mano como un reno. Me da un poco la risa, lo cual me provoca a su vez más ganas de mear. Me quejo. Y debo estar dando un poco de pena porque ella se da cuenta y me mira de reojo.

Descartada la sal, la otra opción es, sencillamente, perder agua. Tengo aprendido de playas y excursiones que, cerrando la boca, se pierde menos humedad y se aguanta mejor la sed. Luego, lógicamente, abriéndola debería conseguir el efecto contrario. Lo hago sin dudar y deajo pasar los minutos.

Seguramente no parezca el tío más listo del autobús precisamente, ahí sentado, con la boca abierta. Pero no me importa, yo sé que mi cabeza sigue ahí, implacable, tratando de encontrar una manera de acelerar el proceso, y eso no es de tontos.

Tiro de lo que aprendí de física en su día, pienso en las condiciones que favorecen la evaporación: aumentar la temperatura, la sequedad ambiental, las corrientes de aire o el área expuesta. Sobre los dos primeros no es posible hacer gran cosa, pero sí con los últimos. Decido que si saco la lengua tanto como puedo y respiro por la boca perderé agua rapidísimo, me vendrá por fin la sed y se me calmarán las ganas de mear. Con lo que aprieta la vejiga, ni me lo planteo. Debo de dar una imagen bastante cómica, ahí con la lengua fuera;

pero contento, porque estoy convencido de que tengo el problema ya casi resuelto. Sólo queda esperar.

Entonces advierto que se me ha pasado lo más básico. Cuanta menos presión tenga en el abdomen, mejor que mejor. Así que discretamente me suelto el cinturón y los botones de la bragueta. Discretamente, bueno, es un decir, porque en ese momento me doy cuenta de que mi compañera me mira ya directamente, visiblemente extrañada. En un desesperado intento por explicarle lo que pasa en tres palabras le digo, sin recoger la lengua siquiera: "*Ehs que thengo ghanash de hacer piz*".

Ella debe de entender perfectamente mi problema porque, de inmediato, afirma con la cabeza y se cambia de asiento.

## Bruselas, los amigos.

Coincidimos en cualquiera de esos cafés taberna de Bruselas. No es difícil encontrar un *petit coin charmant* en el que sentirnos cómodos. A menudo es una amiga común. Quizá ni eso. Y, por un momento, parecemos abocados a ser amigos.

Nos presentamos siempre en clave profesional -en la que siempre hay grados- dejando para luego, si es caso, la personal -en la que los hay menos-.

La tercera cerveza pasa por ser una declaración de intenciones. Con ella viene el por qué salimos, por qué a Bruselas. Qué necesidades, búsquedas o huídas terminaron por traernos. Al fin y al cabo, cada cual se define según sus propias servidumbres.

No así siempre, pero entre nosotros los motivos suelen ser profesionales. Entre ellas, emocionales. Ha de ser nuestra cultura.

Por un momento, nos sentimos abocados a ser amigos. Nos une una ciudad distinta a cada una de las nuestras, algún idioma adoptivo y todo lo que no es de nadie.

Con los meses, quizá coincidiremos de nuevo en alguna *house party*, donde el trato es siempre mucho más resbaladizo. Y nos preguntaremos -en ocasiones, incluso, sinceramente- por qué no nos hemos llamado.

Por un momento, parecemos abocados a ser amigos.

Y en ocasiones, además, lo somos.

## Bruselas, los mendigos.

La bajera contigua a mi portal, en el *Parvis de Saint-Gilles*, es el centro asistencial de *Sainte Térèse*. Un local para *clochards*, para mendigos. Y me da igual si la expresión no es todo lo políticamente correcta que debiera. Menos me gusta calificar a una persona por lo que no tiene. Aunque sea un hogar.

Las mañanas, claro, las pasan bebiendo y fumando en los alrededores. Y es raro el día que no me encuentro a alguno -casi siempre al mismo, he de decir- sentado en mi portal, bloqueando el paso. Su trato es siempre amigable y su educación exquisita cuando se levanta, me pide disculpas y me ofrece el paso con la mano. Más tarde esa noche, seguramente lo vea en el suelo de la estación de *tram*, totalmente inconsciente, meado encima.

Otras veces duerme en el cajero.

*Bonjour, Monsieur*. Me dijo una mañana mientras sacaba dinero. *Bonjour a vous aussi*. Le respondí. ¿Buen día? Sin duda es mejor día para usted que para mí. Y yo, pensando que podía salirme más barato no seguirle la corriente, ¿por qué lo cree? Porque esta mañana me he dirigido a la asistencia social, a recibir mi pensión semanal de 100 euros. Lo siento caballero, me han dicho. Lo siento pero el dinero no nos ha llegado esta semana. Vuelva usted el lunes. ¿Vuelva usted el lunes? Señorita, discúlpeme. Yo vivo en la calle. ¿Sabe usted lo que es pasar un fin de semana entero en la calle y sin dinero? Lo siento caballero, no puedo hacer nada. Vuelva usted el lunes, me ha dicho. Por eso son sin duda mejores sus días que los míos.

Su francés es magnífico. Mucho mejor que el de mis jefes, sin ir más lejos. Y su tono tiene el punto exacto de dignidad y respeto. ¿Pero de dónde sales tú? ¿Cómo has llegado aquí?

Preguntas, en fin, que por supuesto no le hago.

Un sábado, a eso de las seis de la mañana, otro hombre conversa, más bien monologa, frente a unos jóvenes que vuelven de marcha en el tram de la línea 4. Les pregunta que si les gusta su pelo color caoba, que le ha teñido un amigo, porque la policía le había obligado a lavarse. Les cuenta que se ha bebido 59 loozas<sup>3</sup> esa noche y que ahora va a visitar a un amigo que ha quemado su casa, pero que no lo ha hecho adrede el pobre.

Se enciende un porro y otro viajero le increpa. Le aseguro que no he tenido mi día caballero. Ni yo tampoco. Usted mola, señor.

---

<sup>3</sup> Zumo de frutas comercial.

Pregunta a los chicos si esa línea lleva a Vilvoorde. Ellos responden que no, que tiene que cambiarse a la 47. No importa, tengo tiempo. Es que voy a ver a un amigo que ha quemado su casa, pero no lo ha hecho adrede el pobre.

Otra noche, una muy fría de invierno, se me acerca un *clochard* en la *Place de la Bourse*. Se llama Juan Pedro, como un viejo amigo, por eso recuerdo. Aunque es descendiente de extremeños, el español sólo lo chapurrea. *Tierra de conquistadores*, repite alzando el dedo con orgullo. Mientras dura mi espera, hablamos de cosas absurdas. Y, la verdad, lo disfruto. En un momento dado saco de los bolsillos mis manos desnudas. Tápate eso inmediatamente, me dice. La temperatura del cuerpo es de 37 grados. Si baja de ahí, estás muerto. En un primer momento, me equivoco. Pienso que va de broma. Pero no. Se nota que para él ese es un tema muy serio. Me saco los mitones del bolsillo, casi pidiéndole disculpas mientras me los pongo. De todas maneras, no me servirán de mucho con este frío, le digo. Le enseño cómo sobresalen mis dedos por las aberturas. Son guantes de *clochard*. Él, muy digno, me muestra sus manos protegidas por unos fantásticos guantes de esquiador y sonriendo me dice "los míos también".

## **Bruselas, el belguismo.**

En ocasiones, Goto y yo nos llevamos las manos a la cara y decimos "¡Qué belguismo!".

Es la manera que hemos encontrado de llamar a ese principio de fondo, esa rigidez absurda de lo demasiado lógico, cívico o sensato.

El tema del metro también puede servir para ilustrarlo. Uno puede haber conseguido familiarizarse con su funcionamiento, pero aún así llevarse sorpresas. Como en el caso de la 3 que, una vez pasada la parada de Churchill se convierte en la 23. Es el mismo vehículo, recorriendo una prolongación de la misma vía. Pero a todos los efectos, incluso a la hora de buscar información u horarios, son dos líneas distintas. Lo cual provoca que incautos como yo un primer día cualquiera, nos bajemos para hacer transbordo al mismo tranvía en que veníamos... y lo perdamos.

Tampoco dejan nunca de sorprenderme la frecuencia con la que se encuentran en las tiendas horarios con letreros de este estilo. Lunes: de 8h a 5h. Martes: de 8h a 5h. Miércoles: de 8h a 5h. Jueves: de 8h a 5h. Viernes: de 8h a 5h. Y luego, dejando un espacio en blanco para marcar bien la diferencia, Sábado: de 8h a 5h.

Estas belgadas, por supuesto, son sólo el producto de la manera de ser de la gente. En ocasiones, llegan a resultar casi de mala educación para un mediterráneo. Un detalle: sucede a menudo que, al salir a cenar de restaurantes, cada uno pague estrictamente su parte, incluso entre parejas. En algunos grupos de amigos, cuando hay grandes diferencias económicas, puede ocurrir que algunos cenén y otros se paguen sólo su cerveza.

En general, se puede vivir con ello, pero hay veces que desquician. Hola buenas, no sé qué ocurre con mi tarjeta, pero es que el cajero se la traga siempre. Comprendo. ¿Le importaría enseñarme lo que pasa? Bueno, como quiera. Pero si se traga la tarjeta me la devolverá, ¿verdad? Sí, claro. Introduzco la tarjeta en el cajero y éste, naturalmente, se la traga. ¿Ve? Se la ha tragado. Me la devuelve, ¿por favor? Uy, vaya. Ya son las dos, es hora de cerrar. Vuelva usted mañana.

## Bruselas, Martin.

Al terminar la escena, me siento delante del ordenador a escribir un correo a una de esas personas que está siempre cercana.

“Estaba antes en salón, queriendo querer escribir, cuando he oído un ruido. Casi me muero del susto al ver a un tipo en la cocina.

Era un amigo de Katharina. Llegó hace dos semanas. Venía a Bélgica para un retiro de meditación que duraba, según sus propias palabras, nueve días más uno. Hablamos poco entonces, pero nos caímos bien. Le dije que cuando volviera me gustaría charlar con él. Interrogarlo sobre su experiencia antes de que al día siguiente coja su tren de vuelta a Austria.

El caso es que ahí estábamos los dos. Nadie más en casa. Le he dicho que no tenía nada que hacer. Y él me ha dicho que era lo lógico. Que estaba esperándole. Me he reído.

El tío transpiraba verdadera paz. Creo que no he conocido nunca alguien así. Lo más parecido a uno de esos “iluminados” sobre los que escriben DeMello o Salinger.

La espiritualidad oriental nos ha llegado como todo lo demás, como un negocio, por lo que normalmente desconfío de la gente viste túnicas coloreadas, utiliza metáforas de origen hinduista y, muy especialmente, de los que levitan.

Pero este tipo me ha dado un rollo distinto desde el primer momento. Todo parece absolutamente auténtico en él.

Martin, se llama.

Le ha tomado mucho tiempo responder a mis preguntas. Interiorizaba cada una de ellas, intentando ser lo más preciso posible. No sólo en cuanto al inglés, que habla muy correctamente. El problema era la palabra misma. Se hacía evidente que el lenguaje era una herramienta que se le quedaba muy corta.

A menudo, -lo he ido sabiendo conforme avanzaba la conversación- palabras que parecían casuales acababan revelándose claves para el resto de su discurso.

En cuanto ha empezado a citar a algún autor, le he dado un papel y un boli y le he pedido que me lo anotara.

La conversación habrá durado como dos o tres horas. Nos interrogábamos mutuamente (aunque sin duda yo a él más que él a mí). Me ha hablado de su *pattern*<sup>4</sup>. La mejor manera que se me ocurre de describirlo, si lo he entendido bien, es matemática. Una especie de modelo fractal que es capaz de reconocer en cada una de las estructuras de su vida. Todos los procesos, todos los ciclos que vivencia, desde los más cortos e intrascendentes, hasta la superestructura de su vida, se rigen por ese patrón. O así lo siente él.

Una pauta basada en el número tres. Tres fases. Una de crecimiento, una de ruptura y una de renacimiento.

También me ha hablado de su sensibilidad, limitada pero creciente, para entender el lenguaje de su físico. Las vibraciones o pulsiones que siente. Lo que se escucha, si hace el

---

<sup>4</sup> Patrón, en el sentido de “pauta”.

esfuerzo suficiente, cuando una persona pronuncia su propio nombre. Por ese motivo ha decidido seguir espiritualmente “el camino del cuerpo”. La verdad es que se le ve muy en forma.

Le he dicho que mi novia empezaría preguntándole de qué vive. Si es capaz de compatibilizar ese camino espiritual con un trabajo que le permita vivir a él y a su familia. Se ha sabido defender.

Dominaba la terminología budista, pero también es psicólogo y antropólogo, con un doctorado en ciernes. Será padre en abril.

Ha seguido apuntando nombres de autores en la hoja.

En un momento dado, no sé qué le acababa de contar yo, me ha mirado muy fijo, medio sonriente, y me ha dicho "tal vez podríamos trabajar juntos". Yo le he dicho que por supuesto, y que me diera su mail. Pero eso no lo ha apuntado en la lista de autores.

Le he enseñado como juego con el kit de poesía magnética que me regaló Belén. Dejando que el azar me guíe entre las palabras. Él me ha hablado de lo mucho que le está costando aprender a amar.

En un momento dado he insistido en que me escribiera su mail. Ha empezado a dar vueltas por la habitación buscando algo, decía que había algo que no funcionaba en ese cuarto. He salido al baño. Ha llegado mi compañero de piso.

Cuando he vuelto él ya se había hecho la mochila. Me ha dicho que no sería “astuto” por su parte trabajar conmigo por el momento.

Le he preguntado donde estaba la hoja con los autores. La tenía en la mochila. Ha dudado en dármela. Me ha mirado a los ojos. Me ha dicho que soy una persona muy interesante, pero que juego demasiado. Que necesito aprender a amar y que entonces lo veré todo más claro. Ha metido la hoja en la mochila. Me ha deseado suerte en mi camino y me ha dado un abrazo.

...lo verdad es que todavía estoy temblando un poco”.

Al día siguiente me llama Katharina. Me pregunta si noté en él comportamientos extraños. La pregunta es muy difícil de responder acerca de alguien tan inusual. Pero respondo que sólo al final de la tarde. Cuando se marchó de esa manera apresurada. Entonces me cuenta lo ocurrido.

Martin no ha llegado a coger el tren que lo iba a devolver a Austria.

A las tres y cincuenta y siete minutos de la madrugada, cuando faltaban tres minutos para que fueran las cuatro, esto es, para que dejaran de ser las tres, Martin sintió pánico. Convencido como estaba de que esa era la hora en la que comenzaría la demoledora segunda etapa de su *pattern*, saltó por la ventana de casa de Wim –un primero de chalet- y se lanzó a correr por una ciudad que no conocía.

Estuvo corriendo, solo, durante las cinco horas que le quedaban a la noche. Hasta que consiguió volver a casa, donde lo esperaban una Katharina y un Wim totalmente consternados. Lo que Martin no sabía

era que, escapando de su miedo, estaba inaugurando su "fase de ruptura" en forma de crisis psicótica.

## Bruselas, coincidencias literarias.

Podría ser cualquier lugar, pero mientras vuelvo de recorrer la línea 92 desde *Fort Jaco* hasta casa voy terminando un pequeño cuento llamado "La tragedia de un personaje".

Pirandello, como es sabido, tiene una relación muy cercana con los seres de su imaginación. Y, en ese relato concretamente, cuenta cómo acostumbra a conceder audiencia a los personajes de sus relatos futuros.

Una mañana da audiencia al doctor Fileno. Un ser interesantísimo que, a fuerza de "leer, del alba al ocaso, libros de historia, y en ver en la historia también el presente" había conseguido un método para librarse "de toda pena y de toda contrariedad" y que "sin necesidad de morir, había encontrado la paz". Con su sistema "se había hecho un telescopio invertido. Lo destapaba, pero no para ponerse a mirar hacia el porvenir, donde sabía que no habría visto nada: persuadía a su alma de que se contentase con mirar por la lente más grande, a través de la pequeña, dirigida al presente; de manera que todas las cosas se le aparecieran enseguida pequeñas y lejanas. Y llevaba varios años dedicado a la composición de un libro que sin duda iba a hacer época: *La filosofía de lo lejano*".

Pirandello está enamorado de ese personaje. Cuando el doctor se le presenta ese domingo en su estudio, para pedirle que escriba una historia con él, Pirandello no sabe qué hacer. Tiene un enorme conflicto moral porque, aunque le parece que su historia es magnífica, existe un enorme problema. Y es que el doctor Fileno no es un personaje salido de su propia imaginación. Lo encontró durante la lectura de un libro pésimo, escrito por un autor "necio", que no fue capaz de extraer el potencial que el personaje tenía.

Pirandello, convertido en personaje a través de Pirandello, discute con Fileno, convertido en persona por el mismo proceso. La tensión crece entre los dos entre el escrúpulo del uno y la tragedia del otro, víctima, tal vez por siempre, de un escritor incompetente. Un "imbécil" del que el doctor dice que "¡Ni nombre ha sabido darme!". Finalmente, por brillantes argumentaciones que descubrirá quien lea el cuento, Pirandello se niega a escribir sobre él y lo despacha.

Termino el relato dos paradas antes de llegar a la estación y me quedo pensando en él tal vez unos minutos.

Pero lo que no sospecho es que esa tarde, esa misma tarde, vaya a encontrar a Jean Turreau en "La peste".

Décadas después de Pirandello, Camus presenta al personaje como un hombre "afable, siempre sonriente". Además, está escribiendo un libro. Una crónica de lo que sucede en la ciudad de Orán y del que

sus apuntes "constituyen también una especie de crónica de este período difícil... una crónica muy particular, que parece obedecer a un plan preconcebido de insignificancia". Y, lo que es más importante, que "se las ingeniaba para contemplar las cosas y los seres con los gemelos al revés".

Un tipo listo este Fileno. Al final se salió con la suya. Varias veces.

## Bruselas, trabajar en una multinacional (II).

En Enero todos los empleados hemos de firmar la aceptación del "código de conducta e igualdad de oportunidades". Tengo dos horas para leer el documento y, en lugar de firmarlo y volver al trabajo como hacen todos, decido leerlo. Qué carajo, es mi derecho. Así es como descubro algo fascinante.

Según las leyes federales de los Estados Unidos, -insisto, las federales, las que afectan a todos y cada uno de los estados- la población mundial se divide en cinco *razas*. Esta "*Race Classification*", así se llama, resulta de lo más reveladora de la visión del mundo *yankee*. Esta tipificación es como sigue, y cito textualmente:

- Indio Americano/Nativo de Alaska: Todas las personas con orígenes en cualquiera de los pueblos originarios de Norteamérica o que mantenga identificación cultural a través de afiliación a la tribu o reconocimiento en la comunidad.
- Asiático / Isleño del Pacífico: Todas las personas con orígenes en cualquier pueblo de Oriente Lejano, sudeste de Asia, el subcontinente indio o las islas del pacífico. Esta área incluye, por ejemplo, China, Japón, Corea, Filipinas o Samoa.
- Negro: Todas las personas con orígenes en cualquiera de los grupos raciales Negros de África que no sean de origen Hispano.
- Hispano: Todas las personas de Méjico, Puerto Rico, Cuba, Centroamérica, Sudamérica u otra cultura u origen Español, independientemente de la raza.
- Blanco: Todas las personas con orígenes en los pueblos originarios de Europa, Norte de África y Oriente medio que no sean de origen Hispano.

Releo una y otra vez esta clasificación, intentando asimilar semejante colección de despropósitos. Increíble de que una división como esa pueda seguir vigente en pleno siglo XXI, en pleno auge de la migración y el mestizaje, y en pleno primer mundo. Más aún, en el país que define lo que es el primer mundo.

En primer lugar, categoriza como raza independiente –a la que se puede pertenecer por afinidad *cultural*- a los indios americanos del norte. Pero ojo, sólo a los del norte, a los suyos. No se vaya a confundir a ese pueblo digno y honorable, merecedor de reservas y casinos, con los indígenas, por ejemplo, de los andes. Es evidente que son una raza completamente distinta.

No así por ejemplo, los chinos, filipinos, maoríes e indios de la India. Eso es la misma raza, aunque no coincidan sus rasgos, ni su color de piel, ni su cultura. O como los blancos, claro. Que son aquellos de origen europeo, oriente medio y norte de África. Se me ocurre, no sé,

que tal vez se considere un mal menor incluir a los egipcios o saudíes en el mismo paquete que los suecos, si con eso se contentan los israelíes.

Pero eso sí, los que no son blancos, en ningún caso, son aquellos que provengan de una cultura Española. Y aquí recalcan explícitamente la cultura e incluso el país. Es curioso que lo digan de ese modo. Porque, por poner un ejemplo, no se hace ninguna distinción con los brasileños, que son sudamericanos pero que no provienen de una cultura española. ¿Qué es lo que son entonces los brasileños? ¿No estarán insinuando que la cultura portuguesa y española son la misma?

Pero el absurdo último, el que es verdaderamente incomparable, es que en una clasificación racial se define al Hispano como tal según su cultura e *independientemente de la raza*. ¿Qué es esto? ¿Una clasificación de razas que hace referencia a alguna "otra" clasificación de razas? ¿Existe, y queda sin definir, alguna categorización previa?

Al final será verdad aquello de que, sin el prejuicio, el eufemismo no tiene sentido.

En cualquier caso, me hace gracia eso de plantear clasificaciones que se deslegitiman a sí mismas. Me recuerda ese texto de Borges en el que hace referencia a "cierta enciclopedia china que se titula Emporio celestial de conocimientos benévolos. En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas"...

## **Bruselas, la casta obrera.**

Un día nos informan que se va a cambiar una norma. De las catorce personas de mi equipo sólo me afecta a mí y, naturalmente, me perjudica. Me da rabia, pero soy consciente de que no puedo hacer nada. Para mi sorpresa, espontánea e inmediatamente, todos mis compañeros se rebelan. Koen lo dice claro, "yo no pierdo nada, pero me niego a que tú pierdas algo". Y los demás asienten.

Una vez que la dirección anunció despidos, como buenos europeos, convocaron a huelga.

A los de la subcontrata a la que pertenecemos tres cuartos de la plantilla no nos afectaba. Sin embargo, para agradecer nuestra profesionalidad, nos regalan un bono por valor de una cena. Joris, no sólo se niega a recoger el regalo sino que, de manera gratuita, se toma la molestia de enviar un correo a su superior diciendo que él no fue a trabajar porque no le tocaba y que desprecia ese regalo que premia la insolidaridad con sus compañeros.

Hablo con Anthony y le digo lo mucho que me sorprende ese tipo de reacciones. Venido de la España del sálvese quien pueda, del "es que si no lo hago yo, otro lo hará" y la casi inexistente dignidad del asociacionismo obrero, les envidio y hasta les admiro. Él, muy serio, me responde: Mucha gente antes que yo luchó por mis derechos. Por respeto, a ellos y a los que vienen detrás de mí, no puedo permitir que me los quiten.

Exactamente el tipo de argumento que jamás había escuchado a un español de la calle, y mucho menos en los medios. Será que razonamientos como ese no deberían flotar en el ambiente.

## Bruselas, las ausencias.

De pronto, la distancia se agrieta. Descubres que esas dos realidades irreconciliables en las que vives, este aquí y ese allí, son totalmente simultáneas. A cada instante. No es que no lo supieras. Es que no lo sentías con esa misma claridad sincrónica.

Hasta que de pronto los acontecimientos las deforman, las enfrentan, las superponen y ya no sabes qué es lo que queda lejos.

La velocidad del avión es una magia feroz, rugiente, humillante para con nuestras piernas. Una tecnología que supera nuestra capacidad de asumir, de percibir los caminos y sus pausas, todas esas distancias que usan como escala al ser humano. Nos acostumbramos a ello, como nos acostumbramos a tantas cosas, y compartimentamos con claridad el aquí y el allí en nuestra cabeza. Nos resguardamos bajo esa construcción de divisiones casi perfectamente estancas.

Entonces, de pronto, la ilusión se desbarata. La distancia se agrieta.

Porque hay alguien allí, del otro lado. Alguien querido. Alguien que sufre una o las mil devastaciones de la muerte.

Entonces te miras en el espejo, o en el pasear de un parque, y lo único que no reconoces en la foto eres tú mismo.

¿Qué carajo haces aquí, tan lejos?

En francés no se dice "te echo de menos". Se dice *tu me manques*, es decir "me faltas". Y aunque no tenemos más remedio que vivir cuando hay gente que te falta, hay momentos en que es casi insoportable saber que estás faltando.

Así que, en lugar de dando el abrazo que quisieras, te encuentras encerrado en un texto, trabajando palabras, para asomarte por la grieta en la distancia y enviar un mensaje.

Escribes sobre el hermano que, con la rabia, desgarró la tierra para alojar al hermano.

O un poema que dice que...

al otro lado  
de esta ausencia  
dormirás  
si tienes suerte  
como la niña que

nunca  
desaprendiste a ser

de este lado  
conservo  
un molde exacto  
de ti misma

a escala justa  
de tu pelvis  
y mis manos

## **Bruselas, abandonarla.**

Finalmente te das cuentas de que a Bruselas no volverás nunca. Porque ya no será volver. Será ir. Porque tu punto de referencia va a ser ya para siempre otro. Porque de tu gente, que en definitiva es lo mismo que decir tu escenario o tu ciudad, irán quedando menos cada vez. Y sus matices, también, serán muy otros.

Toca empaquetar y hacer papeles. Y a perder la paciencia en ventanillas de un belguismo irreductible. E ir corriendo, despidiéndote mentalmente de los recorridos habituales, de la 48 y la 55 y la 3-23. Y decir cien y una veces que te marchas a ciento y un pares de ojos que definen con su expresión exactamente quién has sido para ellos.

Preparar varias fiestas, repartir abrazos, seguir una vez más ese camino al aeropuerto que, contra toda razón, crees que en esta ocasión recordarás toda tu vida. Y es mentira. Porque uno siempre sobreestima su momento presente. Y la memoria impúdicamente desprecia cualquier pasado.

Tal vez por eso escribas. Para otorgar a cada momento su importancia. Dejar una marca en el camino para poder volver a entrevistarte, quizá, en algún futuro posible, cuando ya no sepas quién fuiste.

“Bruselas, abandonarla”, llamas a ese último texto. Lo haces así, porque te resulta mucho más cómodo de ver ese lado de la moneda que su complementario inevitable:

“Bruselas, que te abandone”.

## Bruselas, epílogo.

Naturalmente, con el tiempo, llega el momento de volver. Es decir, de ir de nuevo.

Todo es profundamente familiar, aunque en ocasiones dudes al escoger el camino más cercano para ir de un lugar a otro. Por supuesto, hay comercios que han abierto o han cerrado y hasta han terminado las obras de la Place Flagey, que se expone por fin al viandante después de casi veinte años.

La línea 55, que tan bien te había venido, ahora es la 51. Las líneas de metro también han cambiado. Y la 3-23, que en su momento fue sustituida por la 3 y la 25, ahora vuelve a ser la 3. Pero, eso sí, se escinde en las líneas 31, 32 y 33, de ocho a doce de la noche. Todo indica que, indiferente a la globalización y otros movimientos homogeneizadores, el belguismo resiste. Tal vez hasta se intensifica.

El fin de semana es escogido convenientemente por las fiestas. Y entre cervezas y bailes, Amaia encuentra un momento para decirte "esto de que hayas venido es genial para vernos todos, porque ya casi nunca lo hacemos". Muchos se han ido. Y otros, los que han ido llegando, o simplemente apareciendo, han configurado otro paisaje.

Justo al final, una familiar, ahora ya bien conocida, te habla de su embarazo. Del niño que espera y que tendrá un nombre pensado para pueda pronunciarse igualmente en francés y en castellano. Que crecerá en un entorno rico en gente y en culturas, pero que reconocerá como propios *les chicons gratins* y la tortilla de patata. Alguien a quien, probablemente, Barcelona, *le encante*.

Como a ti.